

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Deseando enlazar la publicación de NATURA con el recuerdo de «Acracia» y «Ciencia Social», con lo que entiendo formular en pro de esta revista el voto favorable más sentido y entusiasta, deseo la reproducción del siguiente escrito, cuya doctrina firmo y confirmo hoy, que no ha perdido su oportunidad á pesar de la diferencia de ciertas circunstancias accesorias y de sus dieciseis años de fecha.

Anselmo Lorenzo

La Reforma del Código penal

Teníamos un Código penal que, por lo visto, no era suficiente garantía para la conservación del orden y no satisfacía las exigencias de la justicia.

Tan grande debía de ser esa deficiencia, que nuestros gobernantes impusieron á nuestros legisladores la tarea de remendar ese Código roto y maltrecho, que, según parece, permitía que los actos injustos pasasen como lícitos, y sus autores pudiesen codearse y alternar en sociedad con aquellos otros que practican la justicia sin intermitencias.

Y como es de ley, y, si no, como es de uso parlamentario, la parte responsable del poder ejecutivo mandó, ó, si se quiere, encargó al legislativo que reparase tan grave falta.

Hállanse nuestros legisladores divididos en dos categorías, Congreso y Senado, llamadas cuerpos colegisladores ó Cortes. Designase á la primera con el nombre de cámara popular: á ella van los elegidos por el voto directo de los electores. Supónese que en esta cámara dominan ciertas ligerezas, cier-

tos ímpetus apasionados, y por eso todos nuestros estadistas, conservadores ó radicales, convienen en que no pueden elaborarse las leyes en una sola cámara. Al Senado se le designa con el nombre de alta cámara, y forman parte de él los descendientes de determinados linajes, los designados por el poder ejecutivo, los que desempeñan ciertas elevadas funciones y los nombrados por compromisarios ó electores elegidos con poder de elegir, tratando siempre de que sean senadores gente sensata y de orden, porque lo que conviene sobre todo es que los fundamentos sociales no corran el riesgo de ser destruidos por una caterva de apasionados reformadores, por falta del necesario contrapeso de la gente madura y que tiene qué perder.

Nuestro poder legislativo, harto condescendiente con el ejecutivo, condescendencia motivada en que éste es el dispensador de las ricas prebendas con que el Estado remunera á sus servidores, tomó á su cargo la reforma del

Código, invirtiendo los términos, es decir, empezando por la cámara moderadora, y convirtiendo su moderación en un radicalismo ultramontano y reaccionario. Todos los cerebros cobijados bajo las lustrosas calvas de nuestros senadores, no han podido hallar otro remedio para los males que experimentamos que restringir la libertad de la prensa, castigar la blasfemia y prohibir el trabajo en las fiestas católicas. La cámara popular, faltando por esta vez á su principal carácter, tendrá que moderar el radicalismo del Senado, á menos que el gobierno exija de su mayoría que aplaste con sus votos la pobre vitalidad de ese viejo y achacoso parlamentarismo, cosa que no dejará de hacer por aquello de no perder cada legislador su puesto en el presupuesto ó su esperanza de alcanzarlo.

De modo que un Parlamento así constituido prepara nada menos que una reforma al Código penal, cosa estupenda como proyecto y efímera como base. Porque hemos de reconocerlo; si el parlamentarismo se fundara en más racionales principios, el pensamiento de nuestros gobernantes y legisladores sería relativamente menos malo; pero siendo lo que es, figúrese el lector dónde iremos á parar.

No sirve el parlamentarismo para estas cosas.

Un Código penal formado ó reformado en un parlamento es un edificio cimentado en la arena.

Todas las razones expuestas durante la discusión contra los preceptos legales que no hayan podido ser refutadas por razones mejores, quedan en pie, á pesar de los votos de la mayoría.

Todas las infracciones al precepto legal quedan apoyadas por aquella razón ahogada por una mayoría parlamentaria.

Todos los castigos impuestos por infracciones de ese género son un crimen legal.

Y toda sociedad que sobre tales bases se sustente carece de todo positivo y racional arraigo, y se halla necesariamente asediada por las reivindicaciones revolucionarias.

Un Código penal sólo puede ser obra de un poder personal y absoluto. Sólo un ungido con el óleo santo, acatado indiscutiblemente por todos sus vasallos, puede traducir su pensamiento y su voluntad en leyes; porque su mandamiento es sagrado, y ante él no puede haber mayoría satisfecha ni minorías descontentas: todos son iguales ante la servidumbre.

Así y sólo así, se explica y se ejerce la autoridad.

Autoridad y libertad son términos opuestos é irreducibles, y todos los ensayos de nuestros políticos burgueses se dirigen al absurdo de fundar una autoridad con elementos liberales ó de conceder libertades derivadas de principios autoritarios.

Comprendemos un bando firmado por un capitán general en plaza declarada en estado de sitio y el pregón ordenado por un alcalde de monterilla; pero no podemos explicarnos, porque no tiene explicación racional, que la arbitrariedad, la rutina ó el interés de clase se impongan como ley por los representantes de la nación, después de una discusión en que una mayoría parlamentaria, dispuesta á ayudar incondicionalmente á un ministerio, niegue la razón con sus votos.

Si examinamos el asunto desde otro punto de vista, hallamos que la legislación pretende fundarse en lo que se llama *ciencia del derecho*.

En el Diccionario encontramos estas definiciones: «*Ciencia*.—Sabiduría de las cosas por principios ciertos como los de las matemáticas.»—«*Derecho*.—El conjunto de leyes y principios que se pueden hacer cumplir por la fuerza.»

Si la legislación tuviese una base cien-

tífica, todos los países tendrían un régimen idéntico, ó al menos las diferencias no serían esenciales, sino únicamente en relación con el respectivo grado de cultura. El salvaje que sólo puede contar hasta diez y el matemático de nuestra civilización que resuelve los más intrincados problemas, parten de un mismo principio; pero entre el salvaje que sacrifica á un prisionero de guerra para comérsele y el hombre civilizado que honra al extranjero con espíritu fraterno hay una distancia inmensa, aunque ambos practiquen el derecho á su manera. Las ciencias que se saben por principios ciertos como las matemáticas se saben exactamente del mismo modo en todos los países que alcanzan el mismo grado de conocimiento, sin que altere en lo más mínimo esta sabiduría la distancia ni la diferencia de raza, de lengua, de religión ni de régimen político. Dos y dos son cuatro aquí y en la Patagonia; pero la manera de transmitir la propiedad por herencia, no sólo es diferente en todas las naciones, sino que en España tenemos derecho catalán, castellano, vasco, etc., etc.

Es legislador en el sistema parlamentario todo el que goza de capacidad política: puede desconocer la llamada ciencia del derecho, puede profesar otra ciencia, puede ser un artista, un industrial, un comerciante, un cualquiera, puede hasta no saber leer ni escribir. Esa ciencia del derecho sólo la cursa el que ha de cumplir las prescripciones del legislador. El caso es por demás raro. Así tenemos que si el derecho fuese verdaderamente ciencia sería una ciencia al revés, toda vez que las ciencias se forman por el estudio y la observación de los que las profesan, y en el caso que nos ocupa, manejan esa ciencia algunos centenares de burgueses puestos al servicio de unos cuantos ministros, de los cuales alguno ha tenido la llaneza de declarar que no entendía de leyes y que

no se hallaba dispuesto á morir de empacho de legalidad.

De modo que si toda esa ciencia ha de partir de principios ciertos como los de las matemáticas, la ley no es de procedencia científica, y si el derecho es un conjunto de arbitrariedades, sólo se podrá imponer por la fuerza mientras exista la fuerza á su servicio, nunca por la evidencia racional ni menos por la persuasión.

De lo que resulta que la ciencia del derecho puede en justicia ser considerada como el conjunto de sofismas y arbitrariedades que han servido en todas las naciones para ejercer la tiranía, y la ley, como la imposición de la voluntad de aquel ó aquellos que ejercen el poder político.

Y si esto es así, ¿pueden corregirse los abusos del poder político cambiando de nombre y de forma á ese mismo poder? No; sólo se conseguiría que la arbitrariedad cambiase de objeto y de sujeto. Quédese esa ilusión para los que sueñan en corregir los males políticos de la sociedad con la democracia; es decir, con el gobierno del pueblo, ó, para decirlo mejor, con la autoridad de la libertad, espejismo con que nuestros republicanos tratan de seducir á los incautos trabajadores, y que han querido imitar los iniciadores del partido obrero.

Y aquí deberíamos terminar nuestro trabajo, encaminado á demostrar la nulidad racional de las tentativas de reforma del Código penal, así como los fundamentos de toda legislación, consecuentes con las doctrinas acráticas, que se dirigen á la negación de todo gobierno y de toda ley; mas para que no se diga que somos eminentemente demolidores y que sólo presentamos negaciones, queremos terminar por una afirmación.

¿Con qué sustituirá el proletariado ácrata la autoridad, ó sea la arbitra-

riedad dominante? Con el libre pacto, el cual, si es eficaz para regular equitativamente las relaciones y transacciones de los individuos entre sí, es igualmente eficaz y justo para determinar las de las colectividades, y por consiguiente tiene alcance y condiciones suficientes para

constituir el más firme y justo sostén de la sociedad.

No detallamos más esta afirmación por hoy, tanto porque ya conocen nuestros lectores nuestro criterio sobre este punto, como porque deseamos que domine el valor de nuestras negaciones.

Similitudes

Poco más de treinta años hace, Francia estaba sumida bajo el peso de desastres causados por la invasión. La guerra, con todos sus horrores, había hecho presa en su territorio.

El sentimiento de la derrota y de los males sufridos abrió, sin embargo, los ojos de todos: «No son, se oía decir en todas partes, los ejércitos alemanes quienes nos han vencido: es el maestro de escuela prusiano.»

No somos de los que creen que la instrucción ha de servir de apoyo á la fuerza armada; creemos, al contrario, que la misión de la ciencia, su misión más bella y más elevada, consiste en enseñar á los hombres á vivir en paz y que la guerra, la gloria militar, no pueden subsistir y provocar el entusiasmo sino á condición de que la ignorancia sea el patrimonio de la mayoría.

Evocando aquel recuerdo hemos querido, simplemente, demostrar que lo agudo del dolor nacional hizo brotar, en todos los puntos de la Francia de entonces, un rayo de verdad.

Exacto era: el pueblo francés era un pueblo ignorante; las escuelas primarias estaban mal dirigidas, abandonadas en manos del clero todopoderoso aún.

Por esto se produjo, en las circunstancias que relatamos, un magnífico movimiento de entusiasmo en favor de la enseñanza popular; se quiso instruirse, costare lo que costare. Era una necesidad mucho más sentida aún que las mismas privaciones materiales que,

sin embargo, pesaban duramente sobre el país.

Pero ¿cómo hacer para instruirse? ¿Dónde aprender á enseñar?

El gobierno reaccionario y amigo de los curas únicamente podía poner obstáculos á este deseo de renovación. Para hacer reformas no quedaba más recurso que obligarle por la fuerza, aún corriendo el riesgo de ver como se perdía, sin resultado, el bellissimo entusiasmo que animaba todos los corazones.

Entonces fué cuando surgió un hombre honrado, conocido tan sólo de un pequeño grupo de sabios, dispuesto á salvar la situación.

Aquel hombre llamábase Juan Macé y había puesto su talento de pensador y de escritor al servicio de los humildes. ¿Quién no conoce «La historia de un bocado de pan» y la «Aritmética del Gran Papá,» dos libros encantadores que fueron los primeros vulgarizadores de las ciencias atractivas?

Juan Macé tuvo la idea de formar la Liga de la Enseñanza para unir y dirigir los esfuerzos de todos los que querían cooperar á la gran obra de la regeneración intelectual de la Francia.

Aquella liga contó pronto sus adheridos, no por centenares, por millones; todo lo que en Francia pensaba y esperaba se agrupó entorno del modesto hombre de bien que sin ostentación ninguna y sin esperar adoraciones de nadie propúsose hacer la labor más fecunda del siglo XIX.

Y tan sin interrupción se hizo esta labor, el ardor se mantuvo tan fuerte, que pronto el Gobierno vióse obligado á ceder ante la fuerza de la opinión pública y á colocar en la primera fila de las reformas la que atañía las escuelas.

Ahora bien; parécenos que en España estamos asistiendo á algo parecido. El entusiasmo por la enseñanza es grande; no hay persona que permanezca indiferente ante la actual situación porque atraviesa este país; todo el mundo quiere instruirse, y, sobre todo, instruir á sus hijos.

Pero, al igual que en Francia, hallamos las mismas dificultades: la falta de orientación, el miedo á emprender alguna cosa que sea superior á nuestras fuerzas, y, por consiguiente, la falta de confianza en nosotros mismos como lógica consecuencia.

Por esto, ante estos temores presentámonos nosotros para decir: «No hay que amilanarse, todo es factible y todo es remediable. Venid sin temor, que en nosotros hallaréis un guía. Nosotros iremos á buscar los mejores métodos de enseñanza para que aprendáis á implantarlos en España. Sostenednos con vuestro entusiasmo, tened confianza en vosotros

mismos y saldremos todos juntos con bien de la empresa. La gota de agua hará su obra.

Pero no creáis que si hemos expuesto el ejemplo de lo acaecido con la Liga de la Enseñanza, es para limitarnos á copiar servilmente lo que se efectúa en las escuelas de allende los Pirineos. No mil veces. Francia ha realizado el trabajo que correspondía á la época después del desastre. Pero desde entonces la humanidad ha marchado y lo que ayer bastó no sería hoy suficiente. Lo que hay que imitar es el entusiasmo y la perseverancia de aquella Liga de la Enseñanza, el espíritu progresivo que hizo que rompiera valientemente con la rutina, sin mirar hacia atrás, sin inquietarse de los chillidos y de los clamores de los hombres del pasado que querían barrarle el camino.

Hacemos un llamamiento á todas las voluntades, queremos concentrar todas las fuerzas vivas de España para vencer á la ignorancia que sobre ella pesa y para utilizar los admirables elementos de generosidad nativa y de exhuberancia de vida que se manifiestan en su pueblo.

¿Quién responde á nuestro llamamiento?

(De *Revista de Pedagogía fisiológica y experimental*, Barcelona, Enero 1904)

Raul

Decadencia del anarquismo

I

Tenemos á la vista un estudio sobre las tendencias actuales del anarquismo publicado por Juan Marestan bajo el título «La decadencia anarquista». La cuestión en aquél planteada es ciertamente importante.

Prescindiendo de las condiciones que al periodista francés parécenle las más adecuadas á su propósito, diremos aquí aquello que como expresión de nuestro pensamiento vaya saliendo de la pluma,

ya sea en sentido expositivo, ya en el de crítica.

Empezaremos haciendo constar que la información que se intenta parece revestir caracteres deliberativos y aun de votación. Si se trata de exponer sencillamente opiniones, cuyo contraste se juzga necesario, nada tenemos que objetar. Pero si la información tuviera asomos de emisión de sufragios, sería perfectamente inútil y más que inútil

dañosa porque la concordancia de un número mayor ó menor de pareceres no haría más que empeorar la situación.

Claro es que de las premisas que se sienten se derivará un modo particular de juzgar las cosas. No estamos muy de acuerdo en la aplicación del vocablo *secta* á «la reunión de personas que se adhieren á una misma idea», sobre todo asignada al anarquismo, porque tal palabra, por lo menos en castellano, tiene un significado demasiado restricto y diferenciado de la denominación *partido* que sería más adecuada al caso. Entre anarquistas, aun esta última ha sido frecuentemente rechazada.

Aceptando, no obstante, el punto de vista de Marestan, parécenos que, en realidad, no ha existido nunca la secta anarquista y no puede, por tanto, hablarse de su decadencia. Precisamente cuando algunos anarquistas empezaron á obrar como si obedecieran al espíritu de secta sugiriendo á las multitudes la idea de su existencia, fué cuando se produjeron excisiones y disputas que todavía duran. De todos lados se protestó recabando cada cual su independencia á tiempo que se negaba solidaridad á cuanto no concordara con las propias opiniones. Este sólo hecho prueba la no existencia de la secta anarquista. Marestan parece olvidar que lo que él quiere que no sea más que la prolongación de la propaganda teórica nació, sí, con espíritu sectario, pero provocó también una poderosa reacción á favor del sentido netamente anarquista.

Los mismos acuerdos de los congresos que se citan en el estudio de referencia, no prueban que haya existido el anarquismo como secta, puesto que sus adeptos no llegaron nunca á constituir una asociación fundada en suficiente número de intereses semejantes con finalidad bien definida y modos de acción bien concordados.

Históricamente no hay en el anarquis-

mo nada que lo asemeje á los demás partidos ó sectas. Históricamente caracteriza al anarquismo el hecho de hallarse siempre en período constituyente. Primero se trata de darle homogeneidad, de organizarlo á la manera de las otras fuerzas sociales en lucha por el mejoramiento de la vida común. Tanto por los hábitos ordinarios de las contiendas políticas como por la precisión de la doctrina, que se limitaba entonces á diferenciarse del socialismo en general, parecía y hasta podía ser fácil la empresa. Y, sin embargo, apenas se inicia la idea, cada momento del desarrollo anarquista es negación terminante de la homogeneidad deseada porque el anarquismo surge precisamente en oposición al espíritu de secta, de partido ó de capilla. Todos los esfuerzos concurren á este fin hasta el punto de compartir el gasto de energías debido y prestado á la lucha contra el medio que se trataba de destruir.

Tal resultado era de esperar. Lógicamente sería contradictoria la existencia de la secta anarquista. No se propone el anarquismo la constitución de un estado social determinado á la manera de los demás partidos, no tiene un programa á realizar, á imponer, lo que implicaría violencia en una ú otra forma; propónese el anarquismo solamente crear un medio favorable al desenvolvimiento de la libertad, de tal modo que del espontáneo juego de las iniciativas y de la cooperación, voluntaria y libremente concertada, surja la forma ó formas de convivencia social adecuadamente al desarrollo de las necesidades y de las aptitudes generales. En este supuesto la constitución de una secta negaría el espíritu del ideal mismo que la informara.

Aun aquellas ideas que como el cristianismo aspiraban á la aceptación voluntaria de sus principios, por constituirse en sectas, concluyeron en un

poder organizado de imposición y violencia.

Así, pues, si fuera verdad que el anarquismo hubiese sido alguna vez una secta, su desaparición como tal no sería ciertamente sensible á ningún anarquista.

Esto sentado, nos explicaremos los hechos de modo diferente á como se los considera en el estudio de Marestan.

El desarrollo de las ideas anarquistas tiene un momento culminante en la época de los atentados. Las gentes despiertan advirtiendo la existencia de una fuerza nueva y se aperciben á resistir la imposición que presienten. En breve lapso de tiempo el terror se trueca en curiosidad, la resistencia afloja sus resortes y el anarquismo adquiere la beligerancia, se lo discute y hasta se lo admite con más ó menos reservas. Y á medida que la utopía se despoja de la leyenda, dilúyense sus principios entre la masa general de los hombres pasando á ser cosa común de la que todo el mundo se da buena cuenta. Por doquier puédesse recoger declaraciones que muestran como cada uno confiesa su participación en el ideal nuevo; como las gentes, acomodándolo á su modo peculiar de sentir, pensar y obrar, advierten y consignan que los innovadores no hicieron más que poner de relieve lo que todos llevábamos dentro, ignorándolo. Entonces todos son anarquistas, nacen mil tendencias que borran los contornos de la idea primitiva, quebrando las murallas de todo presumible encastillamiento, y lo que parecía río, conviértese en mar sin orillas. Este fenómeno, mil veces repetido, es el que explica, á nuestro parecer, el hecho de que al apogeo de una idea siga la más grande diversidad de opiniones bajo una denominación común. Después, las contrarias tendencias, el pugilato por el predominio de los adeptos, el exclusivismo y la prepotencia de cualquier punto de vista, son cosas facilmen-

te explicables. Ni aun los partidos dogmáticos, los más autoritarios, se libran de los efectos de este fenómeno. Ahora mismo no son sino aglomeraciones de individuos ligados por un número muy reducido de intereses é ideas comunes, separados por otro número mucho mayor de ideas é intereses contradictorios.

Para los partidos que descansan en el principio de autoridad será signo de decadencia y aun de muerte el proceso de ampliación de la iniciativa individual á expensas del poder de la colectividad, porque este poder se funda únicamente en la irreductibilidad de aquel principio. Pero no para el anarquismo cuya fuerza, cuyo poder carece de expresión unilateral, conglomerada, porque se funda precisamente en el máximo de libertad individual. En este sentido la desintegración no hace más que confirmar la tesis anarquista. Una vida no es más que una forma transitoria, una concreción pasajera, y el anarquismo va más allá de semejante limitación. No es una vida, es *la vida*. No es una secta, realización parcial del ideal; es el ideal.

No hacemos aquí sino glosar las ideas expuestas en el opúsculo «La bancarrota de las creencias» y «El Anarquismo naciente», que, en cierto modo, es reflejo de un estado de ánimo análogo al que ha inspirado á Marestan su iniciativa.

«La ilusión—decíamos entonces—de un anarquismo cerrado, compacto, uniforme, puro y fijo como la fe immaculada en lo absoluto, pudo vivir en los entusiasmos de momento, en las imaginaciones febriles ansiosas de bondad y de justicia, pero exhaustas de verdad y de razón. Muere fatalmente cuando el entendimiento se aclara y el análisis desgaja las entrañas de la idealidad. Y llega el momento supremo de hacer añicos las propias creencias, de romper los cachivaches ideológicos adquiridos en tal ó cual autor, en el amorio con

esta ó la otra bella tesis social ó filosófica..... La verdad no se encierra en un punto de vista exclusivo; no se guarda en arcas de frágil tabla; no está ahí á la mano ni al alcance del primer osado que resuelva descubrirla. Como las ciencias, como todo lo humano, está en formación; estará perpetuamente en formación. Estamos, pues, y estaremos siempre obligados á caminar tras ella por tanteos sucesivos, que no de otra suerte se forma el caudal de los conocimientos y se establece la certidumbre...

«Es así como el anarquismo será superado. Y cuando hablo del anarquismo y digo que bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere y que se presiente más allá de la anarquía un sol que nace porque en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto, es del anarquismo doctrinario, que forma escuela, que edifica capillas, que levanta altares, del que digo que hace quiebra. Sí; más allá de este momento necesario de la bancarrota de las creencias, está la amplia síntesis anarquista que recoge de todos los particularismos afirmados, de todas las tesis filosóficas, de todos los avances formidables de la común labor intelectual, las verdades establecidas bien comprobadas por cuya demostración toda lucha es ya imposible..... Este anarquismo es el anarquismo naciente, capaz de recoger en su seno todas las tendencias libertarias, de alentar todas las nobles rebeldías, de imprimir á los espíritus generosos el impulso de la libertad en todas direcciones, sin cortapisas y sin prejuicios, con la sola condición de que el exclusivismo no levante murallas chinescas y de que el entendimiento se entregue por entero y sin reservas á la verdad que late vigorosa en las más diversas modalidades del ideal nuevo.»

Si se nos objetara, como ya lo hizo «La Protesta Humana», de Buenos Aires, que nuestro criterio es demasiado

elástico para resistido por la neutralidad de la multitud y que cada verdad relativa es un peldaño de la inmensa escalera que ha de subir la Humanidad y á la vez justificación de la fe, de *un poco* de fe razonada, que implica un poco también de dogmatismo, de sectarismo y de fanatismo, contestaremos que desprendiéndose de ello un sentido cerrado del anarquismo con realización fija, próxima ó remota, se está en el caso de determinarlo claramente y constituir, por consecuencia, una secta más dispuesta á la *imposición de su ideal*, pero no de aquella aspiración más amplia que quiere dejar libre el campo á todas las realizaciones.

Precisamente lo dicho por el citado periódico ha tenido demasiados partidarios, se ha traducido demasiado literalmente y de ahí que si es verdad que no ha existido en rigor la secta anarquista, lo es también que se ha intentado constituir tantas como fanatismos particulares han suscitado en la multitud nuestros comunes ideales (1). Afortunadamente han fracasado todas las tentativas sectarias. Por eso al hablar de anarquismo muerto, la idea anarquista, puramente anarquista, queda en pie, desafiando todas las críticas, disipando todas las dudas, porque lo que perece es el doctrinarismo personal, los particularismos dogmáticos de este y del otro grupo, la tendencia ó tendencias á imponer un ritmo único de pensamiento y de acción.

Para nosotros es este momento nada más que una etapa necesaria de la evolución general de las ideas, principalmente de la idea anarquista, más apta que las otras para plegarse á las necesidades de la mentalidad actual.

(1) Aprovecho esta ocasión para manifestar mi extrañeza de que «La Protesta Humana» me pida tolerancia con motivo de un trabajo que es todo tolerancia, pues tiene por objeto reunir en una sola aspiración, netamente anarquista, todos los particularismos que actualmente luchan entre nosotros sin justificación posible en la mayor parte de los casos.

Las dos tendencias y la legislación social

¿Existen dos tendencias? De existir, ¿son el índice de dos diversas concesiones de la actitud que el Partido Socialista debe asumir frente al movimiento y á la organización del proletariado en partido de clase, y por lo tanto, de una útil división del trabajo en el campo intelectual y de la acción socialista—como ha sostenido y sostiene E. Ferri, y últimamente Enrique Leone con nuevos argumentos;—ó son, acaso, una cómoda invención, una hábil estrategia moral de aquella parte de socialistas que gusta vivir en el sopor intelectual de las tradiciones literarias del marxismo y de las fórmulas mal enseñadas en los folletos de á cinco céntimos—diseminados á millares por toda Italia,—fracción que sostiene esta segunda hipótesis? De todos modos, ¿que valor debe darse á la teoría extrema—que defiende Arturo Labriola—para el cual la tendencia reformista no pasaría de ser una mistificación del Socialismo, un medio psicológico indirecto de que se sirve, fomentando aquella tendencia reformista, la burguesía para mantenerse mejor en sus posiciones y remachar aún más la cadena al proletariado? A la primera pregunta hay que responder como aquel filósofo que preguntado si existía el movimiento demostrólo poniéndose á andar. El hecho mismo de hablar de tendencias, de que hay socialistas que siguen una ú otra, de que se toma diversa posición mental ante los más complicados problemas que interesan directamente al proletariado (huelgas, organización económica, campaña antiparasitaria, contactos políticos con la burguesía, política internacional), es la mejor prueba de que las tendencias existen, y el problema debe limitarse, á mi juicio, á buscar objetivamente cual es el contenido de la tendencia refor-

mista, cual la de la revolucionaria y cual de las dos responde á las exigencias del proletariado.

Inútil detenerse en refutar la afirmación de algunos compañeros nuestros consistente en que la cuestión de las tendencias es, sobre todo para los revolucionarios, una cuestión de... torpor cerebral y de incapacidad para comprender los problemas del proletariado; ¡como si los cuerpos estuvieren allí y aquí sus sombras! Quienes esto afirman no comprenden que su afirmación aspira á los honores de la infalibilidad... papal, cuando debieran saber de sobra que en materia de ciencias sociales nadie puede vanagloriarse de poseer la verdad en sus manos.

El materialismo histórico—comprendido en el sentido de una concesión filosófica del proceso histórico—puede prestarse á diversos órdenes de estudio, como advertía ya el Prof. Labriola. Ante todo puede servir para rehacer y renovar las direcciones de la descripción histórica, por que ofrece á ésta el ángulo visual de las luchas de clase y de las revoluciones de los sistemas predominantes de producción que aquellas determinan junto con las florecencias jurídicas, morales y demás; y puede servir de orientación á los partidos socialistas en la complicada combinación social, enfrente de las diversas condiciones del proletariado en cada país—que el mismo materialismo histórico nos enseña á conocer adecuadamente—y ser al propio tiempo medio de medir la acción del Socialismo á las exigencias orgánicas, á las promesas y á los peligros de la política.

Ahora bien; si el marxismo ofrece este segundo ángulo visual al Partido So-

cialista, claro está que pueden ser diversas las tendencias en su seno, diversa la acción que se quiera imprimir al movimiento proletario y diversas las explicaciones mentales de los fenómenos sociales.

En el fondo, el materialismo histórico es un arma de que cada uno puede servirse según sus particulares actitudes intelectuales: es una especie de crítica en el campo de la filosofía histórica y que á nadie obliga á resolver un problema en un sentido mejor que en otro. De aquí el origen de las dos tendencias.

Pero el materialismo histórico, doctrina de simple orientación, en cuanto que abarca toda la humanidad histórica y reconduce su proceso y su desarrollo á las formas económicas que por íntima negación se han eliminado y se van eliminando, nos concede la posibilidad lógica de negar al reformismo todo valor de impulso en las tendencias del proletariado á abolir las clases y el Estado.

El reformismo se encarna fundamentalmente en el concepto de que se puede llegar á la abolición de las clases y á la instauración de la forma colectiva de producción por medio de sucesivas leyes sociales obtenidas con la cooperación de las dos clases, burguesía y proletariado—que son antitéticas (¡que contradicción en los términos!) Actualmente se habla ya de penetración de clase, de una legislación aparatosamente llamada social y se ha inventado la novísima teoría de que, si el Socialismo ha perdido en intensidad ha ganado, en cambio, en extensión.

Yo creo que el hecho más saliente—que determinó la formación de una tendencia formal hacia el reformismo dentro la única tendencia revolucionaria típica de la clase proletaria—está en haber creído que la legislación para la protección del trabajo puede facilitar lentamente el proceso histórico del proletariado hasta hacer posible su dicta-

dura. ¿Pero es que esto de la legislación social es un hecho nuevo en la historia de las formas económicas, del cual se pueda sacar en conclusión que la lucha de clases debe ceder socialmente el lugar á aquella legislación social?

Aquí está el error, la anulación del materialismo histórico.

Porque el caso es, y no hay lugar á dudas, que toda forma de producción, la servil como la feudal, la comercial de la Edad Media como la capitalista moderna, han tenido su legislación que puede llamarse social. *Mutatis mutandis* aquellas reformitas económicas que hoy va escogiendo la burguesía—de acuerdo con el Socialismo reformista—á favor de las clases trabajadoras, las habían ya escogido otras clases dominantes en otros períodos históricos y en muy diversas formas de producción.

Quien conozca las fases de la producción servil, sabe que, en un determinado momento los propietarios perjudicados por lo caro del precio del trabajo esclavo concluyeron por ceder sus terrenos á los mismos cultivadores, mediante un escaso censo ó prestación anual, dando de este modo lugar á la formación de aquella clase de colonos que constituyó el nervio y la fuerza del bajo imperio y que más tarde quedó esclavo bajo la férula de la explotación feudal. Se produjo una emancipación del trabajo esclavo de la primitiva base territorial; se formó una clase numerosísima de pequeños productores, independientes en apariencia, pero en sustancia atados de pies y manos á la clase capitalista y poseedora del terreno, y se ensanchó el número de los poseedores censuarios provistos de los medios necesarios para la agricultura hallándose en grado de poder vivir con holgura. Pero este período maduró los gérmenes de una recaída del trabajador á una condición bastante triste.

La legislación,—que por un momento

les concedió ventajas económicas de dudosa discusión—se transformó luego en legislación contra el trabajo. La Edad Media lo aplasta, esclavizándolo con una legislación terrorista y sanguinaria. Los libres productores independientes que surgieron de aquella clase de colonos, fueron poquito á poco absorbidos por la grande propiedad fundiaria y eclesiástica y transformados en siervos de la gleba, que en la gerarquía feudal se llamaron *villanos, inferiores, manomuer-tos*, etc., gente sin familia y sin patrimonio, en una palabra, sin derechos civiles ni políticos.

A medida que con el aumento de la población y con la extensión del cultivo á los terrenos inferiores se acrecentaron las dificultades del mismo cultivo y creció la necesidad de los materiales y de los instrumentos de producción, se afirmó la tiranía del capital fundiario; el trabajo territorial independiente desapareció y en toda Europa predominó en absoluto la forma servil de producción con una legislación de hierro candente.

Entonces comenzó la obra de disolución del primitivo comunismo agrario, en el que los trabajadores aún hallaban los medios de subsistencia, disolución continuada con olímpica indiferencia hasta nuestros días. Y se comprende fácilmente que faltando la tierra á los trabajadores aumentase su depresión. Mientras la renta se elevaba, los trabajadores excomunistas y libres productores independientes se transformaban en asalariados, colonos y dependientes. Pero luego á medida que en los mayores centros se fundan los Municipios burgueses y se determina una lucha sin límites entre el Municipio y el feudatario, la legislación á favor del trabajador vuelve á tomar su función directa para ir acrecentando fundamentalmente el poder del capital comercial é industrial sobre el mismo trabajo. Los Municipios emprenden la transformación de la ser-

vidumbre con una legislación sabia á favor de los siervos de la gleba. Existen un sinnúmero de disposiciones que autorizan á los siervos para vender las tierras censatarias, que disminuyen los derechos de los señores feudales sobre ellos, que les conceden personalidad jurídica bautizándoles con el nombre de *hombres*, libres ante el Común, capaces de poseer, comparecer en juicio, etc.

Los Municipios se rodean de *villas francas, burgos francos, castillos francos*, donde los siervos fugitivos del feudo, los campesinos y los colonos oprimidos por el señor, hallan seguridad, libertad y elevados salarios. Pero esta legislación es prudente. Mientras pone su atención en mejorar la suerte del trabajo remacha doblemente su cadena. Por una parte crea en el trabajador un mayor estímulo al trabajo,—que transformándose con una mayor producción en una mayor renta capitalista acrecenta el poder del capital—y por otra—mientras liberta á los trabajadores de los pastos feudales—no los trata de igual modo que á la burguesía, los mantiene en una condición inferior á la de los ciudadanos (*cives*) y los ordena en Municipios rurales separados (*universitas hominum*) sugetos al Municipio de la Ciudad. Se trata de una legislación consciente de clase dictada, no por humanidad, sino por la avaricia de la ganancia, por el afán de señorear en lugar de los señores rurales, por el interés político de relajar los lazos que unían á feudatarios y súbditos sometiendo éstos al Municipio. El estudioso que lea atentamente los estatutos de las repúblicas marineras hallará todo una legislación orgánica que garantiza el trabajo marino contra los infortunios, establece un límite mínimo y un límite máximo para la edad en que se podía entrar en las naves en calidad de mozos y obliga á los armadores á suministrar comida y medicinas á los marineros en caso de enfermedad.

Son épocas en que la mano de obra era escasa y se comprende que únicamente con mejoras y mayores ganancias podíase impulsar á los trabajadores á abandonar el cultivo de la tierra para abrazar el trabajo técnico en las corporaciones, en las naves, etc. Sin embargo, mientras aumenta el número de aquellos que ceden su fuerza-trabajo comienzan los estatutos que limitan el número de aprendices en las corporaciones, reducen los salarios por debajo del antiguo nivel, y amplian el poder de los propietarios de la tierra y de los maestros artesanos con monopolios, con privilegios, con limitaciones y disciplinas severas en daño del ejercicio del trabajo. La Italia y la España del siglo xiv, la Francia del siglo xv, y la Inglaterra del xvi están llenas de esta legislación terrorista contra el trabajo. Carlos Marx, y actualmente el Prof. Ricca-Salerno, nos han presentado conmovedoras demostraciones. Mientras primeramente la burguesía con una legislación social había procurado atraer los trabajadores del campo á los centros industriales con la perspectiva de compensaciones elevadas y de privilegios, tan pronto como la oferta del trabajo excedió las demandas, los rechazó de los centros con prohibiciones, especialmente á los hijos de los campesinos, de los siervos y de los colonos.

Y más tarde, á medida que crece el número de los que nada poseen, de los campesinos y de los obreros manuales sin techo ni fuego,—expulsados violentamente de sus tierras comunes—la burguesía codifica otra forma de derecho: *el reconocimiento oficial de la pobreza*. Todo aquel desocupado ó pobre quedará albergado en las casas de beneficencia. Así se dispuso en la libre Inglaterra y en la borbónica Sicilia á fines del siglo xviii.

¡Aquí tenéis la tragedia del trabajo! El juego de la legislación social dura hace tiempo, y actualmente asume un

caracter y una forma mucho más peligrosa que en las edades pasadas. Con esta diferencia. Que mientras en la Edad Media la legislación social, cuando existía, reportaba reales ventajas económicas á las clases trabajadoras, hoy se revuelve en una refinada farsa de las mismas clases trabajadoras. La burguesía actual, surgida de las ruinas de la producción medioeval, hállase con que tiene enfrente de ella, compacta y organizada, á la clase trabajadora, y para suavizar las angulosidades y atenuar su fuerza de resistencia, procura desviar su conciencia arrojándole algún hueso para roer.

Y este juego es tanto más peligroso cuanto la burguesía lo efectúa de perfecto acuerdo con aquellos que se dicen amigos de los trabajadores.

Las ventajas reales económicas del trabajador dentro de cualquier forma de producción á base de propiedad privada, no pueden traspasar los límites bien designados por los intereses de la clase que tiene el monopolio de los medios del trabajo. Si el salario, especialmente en Inglaterra y en todas las demás naciones de Europa, tiende á subir desde el límite infimo á un nivel más conforme al progreso individual, si es indicio de que madura una forma económica de mayor importancia, nada nos asegura que la legislación social burguesa haga posible su elevación hasta negar la razón del provecho y de la misma acumulación capitalística. La burguesía siente hoy toda la importancia de la necesidad social de acrecentar la eficacia y la potencia productiva del trabajo, del mismo modo que la sintieron y la apreciaron las clases mercantilistas y territoriales de la Edad Media. Del propio modo que en la Edad Media se produjo la emancipación de las clases serviles exclusivamente para atenuar el coste de trabajo de la producción de los esclavos y aumentar los estímulos de la producción, por la

misma razón hoy la burguesía se muestra propicia á mejorar la suerte de los trabajadores sin los cuales no sería posible una disminución del salario.

Podemos prever que el salario desaparecerá y con él el sistema dominante de distribución, como desapareció la esclavitud y la servidumbre feudal; pero no desaparecerá ciertamente en virtud de las reformitas que va escogiendo la burguesía todos los días. Que se disuadan los socialistas reformistas.

Los capitalistas disponen aún de medios formidables, y la legislación reformista no es más que un nuevo espediente de que se sirven para obtener una rebaja relativa de salarios—aunque nominalmente acrecentados—en relación á un aumento de actividad y de capacidad productiva del mismo trabajo que se prometen de las mejoras y de las concesiones actuales hechas á las clases trabajadoras.

En el fondo, la misma necesidad social de acrecentar la eficacia del trabajo que envileció en ciertas épocas históricas el estado de los trabajadores bajo un férreo

régimen de prohibiciones y limitaciones, requisito y requiere hoy de hecho nuevamente aquellas mejoras sin las cuales no sería posible una disminución del salario.

En esto—que es un hecho histórico relacionado con las formas de producción—la burguesía no toma más que una parte puramente pasiva. Donde ésta despliega una voluntad tenaz, es cuando se trata de conservar su potencia y la razón del beneficio capitalístico.

Pero si ésta no abdicará voluntariamente, piensen lo que quieran los reformistas socialistas, hallará, sin embargo, una resistencia insuperable en las Asociaciones obreras, resistencia que la derribará.

He aquí porque estoy convencido de que el reformismo socialista, en lugar de ser, como quieren Ferri y Leone, una forma útil de división del trabajo en la concesión y en la acción socialista, es una forma de pensamiento antitético al Socialismo y hasta diré burguesa, y que no existe otro camino de salvación para el proletariado que su organización revolucionaria en partido de clase.

(De *El Socialismo*, de Roma.)

Clarence S. Darrow

Crimen y criminales

(Conclusión)

Si fueseis ricos y perdiéis el pleito, podríais acudir al Supremo. Un pobre no puede recurrir á éste medio para ganar tiempo, porque no tiene dinero. Y si el Supremo del Estado fallase desfavorablemente aún podríais recurrir al Supremo de los Estados-Unidos. Podríais morir viejos antes de que os metieran en la cárcel. Siendo pobres, el asunto es cuestión de pocas tablas y se ventila rápidamente, en quince minutos. Con anticipación ya se os considera culpables, sino no estaríais aquí. Estaríais en otra parte. Los funcionarios no tienen tiempo

para examinar todas las causas. Los individuos que están fuera de aquí, los que fundan bancos, edifican iglesias y construyen prisiones, no tienen tiempo para examinar si los 6 ó 700 detenidos anualmente son culpables ó inocentes. Si los tribunales estuviesen organizados para hacer justicia, el pueblo elegiría á alguien que defendiera á todos estos criminales y les proporcionaría tantos policías y ayudantes y les daría tanto dinero para defenderse como para perseguirlos. Tenemos un hombre muy inteligente por fiscal que tiene á sus or-

denes un número infinito de asistentes, policías y abogados para examinar las causas, cosa que es muy cómoda.

Casi todo nuestro código criminal consiste en ofensas á la propiedad. Todos los que cometen un atentado contra la propiedad van á la cárcel. No importa que vayan cien personas que no debieran ir; lo esencial es defender la propiedad, porque la propiedad es más importante que todo lo demás.

¿Queréis saber por qué? Porque los que son propietarios hacen leyes protectoras de lo que poseen. Cuando uno comete un crimen, no quiere decir que ha cometido un acto moralmente malo. También el que no ha cometido crimen alguno puede haber hecho alguna otra cosa mala. Por ejemplo, puede haber acaparado todo el carbón de los Estados Unidos para elevar su precio á 2 ó 3 dollars sin necesidad. De este modo mata millones de individuos ó contribuye á mandarlos á la cárcel. Esto ocurre todos los años, y es un crimen muy grande, más grande que los que habéis cometido vosotros, pero la ley no lo castiga. ¿Por qué? Porque hacen las leyes los dueños de la tierra. Si vosotros ó youviésemos que hacer las leyes, lo primero que haríamos sería castigar al que se posesiona de la tierra. La naturaleza puso el carbón en la tierra á disposición de todo el mundo y la naturaleza creó los prados para que se pudieran cultivar los cereales para todo el mundo, pero las grandes compañías de ferrocarriles llegan, cercan los terrenos é imposibilitan que haya viveres para todos.

Casi todos los crímenes que se os imputan son atentados contra la propiedad. Hay atentados contra las personas, como los asesinatos, pero estos son raros. Generalmente todos los crímenes son atentados contra la propiedad. Si los consiguientes castigos son justos, forzosamente los criminales deben poseer muchos bienes. ¿Tenéis mucho dinero vos-

otros? No lo tenéis, y sin embargo, todos estáis aquí por crímenes contra la propiedad. Los moradores del lago Shore no han cometido crímenes, y no obstante, no saben qué hacer de su dinero. Estos personajes no han cometido crímenes contra la propiedad, porque, como ellos han hecho las leyes, no tienen necesidad de infringirlas. Vosotros teneis que infringirlas si queréis poseer alguna cosa. Si os hubiesen dado la ocasión de ser banquero, no hubierais escogido la profesión del robo. Alguno de vosotros habrá tenido ocasión de ser guarda agujas, que es un empleo que proporciona 50 ó 70 dollars cada mes, pero como según la estadística corréis el riesgo de que con esta profesión vuestros miembros no duren más allá de siete años, por esto preferisteis y escogisteis el oficio de ladrón. Es una elección como otra cualquiera. Yo no sé cual escogería, pero puedo enseñaros una cosa.

Os garantizo que si cojo de esta cárcel ó en cualquier otra, quinientos hombres reputados como los peores criminales, y si de las calles recojo quinientas prostitutas de las más abandonadas y me las llevo donde haya mucho terreno y les suministro una ocasión de ganarse la vida, se volverán tan buenos como la media de la comunidad.

Hay un remedio á vuestra condición, el mundo no lo encuentra, y cuando lo encuentra no lo aplica. Pueden inventarse todas las leyes que se quiera para castigar el robo, que los hombres continuarán cometiendo este delito del mismo modo. En Inglaterra había antiguamente 100 delitos que se castigaban con la pena de muerte y á pesar de tanto rigor no decrecía la delincuencia, hasta que el pueblo inglés descubrió con sorpresa que tan pronto como hubo suprimido las penalidades severas la criminalidad menguó. Cuanto más suaves fueron las penas, menos crímenes ocurrieron.

La pena de muerte en algunos Esta-

dos nuestros no impide los asesinatos, antes al contrario, los engendra.

Esta es la historia del mundo. Es muy fácil ver el modo de suprimir esto que nosotros llamamos crimen, pero no es tan fácil suprimirlo. Yo diré de qué modo puede hacerse. Se puede llegar á la supresión del crimen dando á todos los hombres la posibilidad de vivir destruyendo los privilegios particulares. Mientras los grandes criminales acaparen las minas de carbón, mientras los grandes criminales sean dueños de los municipios y de las calles y del gas, forzosamente millares de pobres continuarán yendo á la cárcel. Mientras haya un puñado de hombres que monopolicen la tierra y obliguen á los demás á vivir sometidos á las condiciones que á ellos les plazca ordenar, os veréis forzosamente obligados á ir á la cárcel.

El único modo de abolir el crimen y los criminales es aboliendo á la vez los grandes y los pequeños criminales. Hacer que sean justas las condiciones de la vida. Abolir el derecho de la propiedad privada de la tierra, abolir el monopolio,

asociar todo el mundo para la producción, para las buenas cosas de la vida. Nadie robaría pudiendo procurarse personalmente las cosas de un modo más fácil. Nadie iría á robar de noche si su casa estuviese llena de productos. Ni una sola muchacha se echaría á rodar por la calle en busca de un comprador para su cuerpo, si tuviese un hogar confortable en casa de sus padres. El hombre que posee una industria y paga á sus obreras con dos ó tres dollars por semana, no se le vitupera por la condición de esas muchachas, pero yo me pregunto si este hombre habrá pensado alguna vez de qué modo las pobres tienen que procurarse el resto del dinero que les hace falta para poder vivir. El único modo de que estas condiciones sean buenas, es establecer la igualdad. Las cárceles no tendrían que existir. Si las suprimís no habrá por esto más criminales. La cárcel no espanta á nadie. Son una mancha sobre nuestra civilización. Una cárcel pone de manifiesto la falta de caridad de los que mandan construirla y la llenan con las víctimas de su avaricia.

(De *L'Humanité Nouvelle*, París, Noviembre 1903.)

Letras de todas partes

Socialismo Anarquista, de Pedro Esteve, folleto editado en Paterson, N. J. (Estados Unidos de Norte América).

Nuestro antiguo amigo y compañero, alejado hace mucho tiempo de este país, continua allá su tenaz labor de propagandista incansable. *Socialismo Anarquista* es su última producción, en la que examina, con la claridad de juicio que le es habitual, los principales temas que el asunto ofrece.

Quien quiera conocer las ideas anarquistas que lea este trabajo del amigo Esteve.

advierte en éste cierta tendencia á diferenciarse del comunismo *a outrance* de algunos anarquistas. En rigor, el anarquismo, que pudiéramos llamar orgánico, de Malatesta, riñe un poco con el sentido corriente que se ha dado al comunismo libre bajo la influencia de las ideas propagadas por Kropotkin.

Muy de desear sería que Malatesta, á semejanza de lo que hizo en su notable folleto *«La Anarquía»*, emprendiese la explicación filosófica de su modo de entender el comunismo, bien análogo, sin duda, á ideas corrientes en España sobre la organización del porvenir, que no son precisamente comunistas.

En el Café.—«Conversaciones sobre el comunismo anárquico», por Enrique Malatesta.—Es un buen folleto de propaganda cuyo distintivo es la claridad y la precisión. Como en otros trabajos del mismo autor, se

La responsabilidad y la solidaridad en la lucha obrera, folleto muy interesante de M. Nettleau.

Constituye este trabajo una Memoria presentada

primero al grupo *Freedom Discussion*, de Londres, y más tarde al Congreso Revolucionario Internacional de París.

Lástima que la traducción esté muy descuidada porque la materia de que trata el folleto es, en verdad, importante.

La nueva orientación que Nettlau quisiera imprimir á la lucha obrera tiene nuestras simpatías. Interesar al público en la obra de las reivindicaciones sociales á favor del obrero sería una obra de tal alcance que las asociaciones de resistencia harían bien estudiando detenidamente el asunto.

La Memoria que constituye este folleto hállase también íntegra en el volumen «El Congreso Revolucionario Internacional de París, Septiembre de 1900.»

(Este y el anterior folleto se hallan de venta en la Administración de *El Productor*, Argüelles, 11, 1.º, 2.º, Barcelona-Gracia).



Revista de Pedagogía fisiológica y experimental.

—En otro lugar de NATURA reproducimos íntegro un trabajo contenido en el primer número de esta importante Revista de Pedagogía que recomendamos calurosamente al profesorado español y á todos los estudiosos.

De la circular anunciando su aparición entresacamos lo siguiente que constituye el «propósito» de sus fundadores:

«Hacer un estudio profundo del niño, no únicamente del niño moral é intelectual, sino del entero niño. Queremos conocer el mecanismo, el desarrollo de todos sus órganos, su funcionamiento, á fin de poder elaborar enseguida un plan de educación en perfecta armonía con su objeto.

«Pedagógicamente hablando, no existe la fisiología del niño; nosotros queremos crearla para convertirla en base de nuestros ulteriores trabajos.

«Y cuando hayamos obtenido este primer punto, el más importante, nos dedicaremos á estudiar el

mejor modo de poner en obra, para fortificarlo en su conjunto, el delicado organismo del joven sér, en marcha hacia su más elevado grado de perfección.

«Nos proponemos un ideal, digámoslo sin miedo á despecho de las sonrisas burlonas que acogerán esta afirmación; no un estúpido ideal invariable, en contradicción con los mismos fenómenos vitales, sino el ideal de preparar seres siempre dispuestos á adaptarse á las circunstancias de equilibrio del medio en que deben vivir.»

Dicha revista comprenderá:

1.º Un artículo de fisiología de la infancia.

2.º Una proposición de pedagogía general.

3.º Una crítica de las Revistas de la Enseñanza que se publiquen en el extranjero.

4.º Una parte escolar.

En ella encontrarán indicado los maestros, día por día, todos los ejercicios que podrán aplicar inmediatamente, y los alumnos-institutores hallarán, igualmente, un programa de estudios á tratar en vista de la preparación para la carrera pedagógica.

Las suscripciones á dicha Revista: calle de las Cortes, 638, pral., 2.ª, Barcelona.



Recibido:

El Obrero Moderno, conferencia de Anselmo Lorenzo.—*Autobiografía de Enrico Ferri*, suplemento de *La Folla*, de Milán.—*Trabajos premiados en el «Concurso literario filosófico de Sociología»*, y *Fragmentos del «Dolor Universal»*, editados por el grupo «Risa y Alegría», de Sevilla.—*El teatro y el arte dramático de nuestro tiempo*, por Felipe Cortiella.—*Fernando VII*, drama histórico por D'Ayot.

Gent Nova, de Badalona; *El Dependiente*, de Buenos Aires; *Il Libertario*, de Spezia (Italia); *Libertad y El Ideal*, de Lérida; *El Demócrata Cristiano*, de Málaga; *Verdad*, de Badalona; *Vida Nueva*, de Buenos Aires; *La Favilla*, de Bahía Blanca, (Argentina).

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne fara il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.